

LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

1ª lectura (Isaías 60, 1-6) *La gloria del Señor amanece sobre ti.*

Salmo (71, 1-2.7-8.10-11.12-13): *«Se postrarán ante ti, Señor, todos los pueblos»*

2ª lectura (Efesios 3, 2-3a.5-6): *Somos miembros de un mismo cuerpo.*

Evangelio (Mateo 2, 1-12): *¿Dónde está el Rey de los judíos?*

Los barcos que navegaban por alta mar, en la oscuridad de la noche viajaban guiados por las estrellas, haciendo sonar sus sirenas para avisar de su cercanía al resto de navegantes. Cuando se acercaban a tierra, divisaban la luz del faro que les indicaba la cercanía de la costa para no embarrancar o estrellarse contra las rocas.

Los que habitan las cuencas de los ríos pasan períodos de niebla, que significan dificultades para la vida diaria. Peligrosa para desplazamientos, desorienta y hace perderse a caminantes. Tan densa se pone que, antes, hacían sonar las campanas para transmitir la cercanía de las poblaciones y orientar a los viajeros. Quien va en la niebla, puede recibir la ayuda de la luz que desprenden las poblaciones modernas, porque las nubes reflejan esa luz e indican la dirección en que se encuentran.

Tan angustiosa puede llegar a ser la experiencia de estar perdido que ha pasado a ser sinónimo literario de sentirse desorientado en la vida con una gran sensación de angustia existencial. La gente, necesitada de algo que les guíe, va acudiendo ahí donde espera encontrar luz en su oscuridad, acogida en su difícil intemperie y seguridad en su abatimiento.

Como en tiempo de Isaías y de los Magos, hoy es frecuente vivir esta experiencia de crisis y, como los exiliados de su tiempo, también ahora, la cruda realidad de un mundo complejo y de una historia brusca, nos plantea la necesidad de mirar a ver dónde encontramos respuesta seria y profunda a la búsqueda de la esperanza que nos oriente, que despierte el afán de ir en la dirección por la que se sale de la tiniebla.

Tras una larga historia de exilio interior, en plena experiencia de lejanía y distancia por parte de muchas personas educadas en una fe legalista y culpabilizadora, volvemos a mirar hacia la Jerusalén encargada de repicar las campanas en la niebla y encender las luces que iluminen la oscuridad religiosa del momento.

Pero esta Jerusalén sigue arruinada, como en el siglo de Isaías, indiferente, como en el siglo de Herodes. Necesita una reconstrucción que la haga capaz de acoger a desorientados y abatidos, frustrados y decaídos. Hay que reconstruirla, con esperanza, sensibilidad humana, y alegría.

La aparición de astros es frecuente en la antigüedad, unida al nacimiento de personajes relevantes y, muchas “*exégesis astronómicas*” hacen referencia a supernovas o cometas que habrían aparecido en el tiempo del nacimiento de Jesús. Pero el valor de la estrella es simbólico y catequético: *«Dios guía y acompaña la búsqueda»* de la verdad, de la fe y del bien, y pone “*rastros*” para que puedan acceder a ellos los que verdaderamente están interesados, aunque sean extranjeros o paganos.

Hay que volver los ojos al Niño que convoca, a la Palabra que llama, a la Luz que guía, a la ternura que conmueve. Hay que dejar de lado la reconstrucción que pudo servir para un tiempo que no es el nuestro. Hoy, desde el exilio religioso que tantas personas viven; desde la crisis existencial que impregna a tantos amigos nuestros; desde la niebla en que muchos caminan abandonados al azar o a la incertidumbre; un Niño nos ha nacido, con todo su significado vital y su provocación afectiva, que nos trae esa Palabra de esperanza que vale más que los tesoros del mundo, que los regalos de una cabalgata, y el poder de los grandes. Dios, hecho Niño, es la respuesta a nuestra búsqueda.

La fiesta de la Epifanía del Señor nos recuerda que todos somos merecedores de la alegría y la esperanza, de la luz que nos trae el nacimiento del Salvador. La historia de los pueblos, y de cada uno de nosotros, está llena de tiempos de ilusión y tiempos de angustia, de épocas de bonanza y de desesperación. Así le pasó al pueblo de Israel, y así nos pasa actualmente a cada uno de nosotros en nuestra vida particular, familiar, laboral, etc.

Amanece la gloria del Señor sobre su pueblo, es la razón para que este recobre el ánimo y se ponga a la tarea. *«Levántate»*, arenga el profeta, Levanta la vista: es hora de ponerse en movimiento, es hora de experimentar la presencia benévola de Dios y hacer el camino que Él ilumina, la tarea en que se complace. Y así, un pueblo entregado a la causa de Dios, *«ensanchará su corazón»*.

Hoy nuestras casas y nuestros corazones están “*inundados de estrellas*”. **¡Dejémonos guiar por la luz del recién nacido! ¡Adorémosle como expresión de nuestra alegría!** Es la experiencia de vivir el nacimiento del Salvador; pero es también compromiso para que todos los seres humanos, todos los pueblos de la tierra puedan conocer esta Luz.